

MALTA: PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

¿Malta llegará a ser la segunda Chipre de este ardiente Mediterráneo? Era la pregunta que los habitantes de la isla se hacían mutuamente el 31 de mayo de 1964; es decir, el día en el cual la antigua roca de los caballeros adquirió la independencia, después de ciento sesenta y cuatro años de dominio inglés.

En junio del 1963, el ministro inglés para la Commonwealth y las Colonias, Duncan Sandys, anunció que Malta habría conseguido la independencia de entonces en un año. Los ingleses veían con tristeza arriarse el pabellón británico sobre otra posesión; los malteses temían (no sin razón) por su futuro y las consecuencias que el nuevo ajustamiento constitucional habría podido tener sobre la amenazada economía local. De cualquier modo, entre conferencias y rozamientos, el fatigoso camino hacia la completa autonomía fue recorrido totalmente, y Malta se encontró saboreando las alegrías de la libertad.

Antes de entonces, la historia de la isla o, mejor dicho, del grupo de islas, en cuanto la entidad administrativa, comprende varios anexos incluidos, había sido rica en acontecimientos históricos, que reflejaban intensamente la vida del gran Mediterráneo. La isla mayor, Malta (la *Melitée*, de los griegos, y *Melita*, de los romanos), llegó a ser en la Antigüedad, hacia el siglo XIII antes de Cristo, colonia fenicia; siendo ocupada en el 736 antes de Cristo por los griegos y los cartagineses. Pasó después bajo el dominio de los romanos (218), de los vándalos (454), de los godos (464), de los bizantinos (533), y de los árabes, del 870 al 1090 (en árabe, su nombre es *Maltaque*) Del 1090 al 1530, Malta siguió la suerte de Sicilia. Del 28 de octubre de 1530 al 17 de junio de 1798, fue de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, que desde entonces tomaron el nombre de Caballeros de Malta, y que la defendieron

contra los turcos y los piratas berberiscos. Desde junio de 1798, cayó en poder de Napoleón Bonaparte, el cual desposeyó para siempre a los caballeros.

Pero los habitantes de la isla no quisieron saber de dominación francesa, y se unieron a los ingleses para obligar al gobernador, Vaubois, a capitular, después de dos años de asedio. Desde el 5 de septiembre de 1800, Malta llegó a ser, por tanto, posesión inglesa. Tal *Status* fue confirmado definitivamente por la paz de París en 1814.

Durante ciento sesenta y cuatro años, quedó en la órbita británica, con el *Status* de colonia. Gradualmente, la Corona inglesa concedió cierta autonomía administrativa; consintiendo (bajo la vigilancia del gobernador) la actividad de una Asamblea Legislativa y un Gobierno encargado del cumplimiento de las funciones ejecutivas normales. Hasta el 1964, año en el cual, después de polémicas y debates, fue concedida la total independencia.

La vecindad con Italia, y la larga permanencia en la órbita de influencia política y económica de la península, se han grabado fuertemente sobre el carácter de los malteses, los cuales han permanecido afectos al principio de la conjunción ideal con el país limítrofe, incluso en los momentos más dramáticos de su existencia. Durante el segundo conflicto mundial se desarrolló un movimiento filo-italiano, que tuvo en Carmelo Borg Pisani su más influyente y representativo exponente, así como su mártir. Borg Pisani, destacado por sus ideas filo-italianas, fue juzgado culpable de actividades anti-inglesas y condenado a muerte. El martirio del exponente político, y la adhesión a la cultura italiana, influyeron más profundamente aún sobre las tendencias de los habitantes de las islas; tanto, que todavía hoy, después de tantos años de dominio inglés (un dominio que intentó extirpar toda huella de romanidad y de italianidad), en Malta rige el trilingüismo, y todos los habitantes hablan corrientemente inglés, italiano y maltés.

El lenguaje local representa una de las más interesantes manifestaciones lingüísticas de la cuenca mediterránea. Nació en la antiquísima época, en la cual Malta, encontrándose sobre las vías de tráfico entre Fenicia y Cartago, perteneció a cada una de estas potencias marítimas, en sucesión de tiempo. Sus lenguas se fundieron y llegaron a ser la lengua de las islas. Y aún hoy, a pesar de que el antiguo alfabeto se haya perdido, es posible comprobar que el maltés contiene la clave de varios idiomas del Oriente.

Traqueteada entre fenicios y cartagineses primero, entre franceses e ingleses después, Malta ha conservado inmutadas las estructuras tradicionales. Incluso este apego estuvo en la base de las dificultades que la isla tuvo que

atravesar en el momento de la independencia; dividida entre el deseo de sustraerse al humillante *Status* colonial y a la necesidad de no comprometer el equilibrio de su amenazada economía.

Las divergencias más consistentes entre los diversos grupos políticos se referían a: 1, la situación de la Iglesia católica; 2, la elección entre monarquía y república; 3, la oportunidad de permanecer en la Commonwealth; 4, el sistema electoral; 5, las medidas, según las cuales debían ser interpretadas algunas normas de la Constitución.

Teniendo en cuenta que los partidos políticos de mayor relieve han sido siempre dos, el nacionalista y el laborista, hay que señalar que los laboristas se oponían desesperadamente a que la Iglesia (no se olvide que los malteses son casi todos católicos) tuviese reconocida la posición atribuida a la religión del Estado. Los laboristas insistían, sobre todo, para que las jerarquías eclesiásticas no interviniesen en la lucha política. Al contrario, los nacionalistas estaban en posiciones diametralmente opuestas.

Por su parte, la Iglesia acentuó la actitud antimarxista, y declaradamente filo-independentista. En 1956, cuando el Gobierno maltés de aquella época (laborista) convocó un referéndum para establecer la integración de Malta en el área de Gran Bretaña, sólo 67.607 electores dieron un voto favorable, mientras 20.177 fueron contrarios, y la inmensa mayoría de los malteses (siguiendo el consejo de las jerarquías eclesiásticas), no acudió a las urnas; desnaturalizando así la consulta en la práctica y privándola de toda validez.

En el pasado, los laboristas se habían mostrado favorables al mantenimiento del *Status* inicial, mientras que los nacionalistas se batían para conseguir la independencia o la inserción en la esfera de influencia italiana. Poco a poco, las posiciones cambiaron. Los laboristas sobre todo, dándose cuenta de que era absurdo pretender imponer, en pleno siglo XX, un régimen colonial a un país de antigua civilización como Malta, presentaron la propuesta de efectuar la unión de la isla a Gran Bretaña. En sustancia, Malta habría llegado a ser un apéndice mediterráneo de Inglaterra, con derechos análogos a los de las provincias metropolitanas o los del Ulster. Pero frente a la hostilidad de la opinión pública, el partido laborista se replegó sobre una solución extrema, y (coincidiendo en esto su posición con la del partido nacionalista) pidió que, en el momento de la independencia, el país quedase, por lo menos dentro de la Commonwealth. Laboristas y nacionalistas se encontraron, finalmente, de acuerdo sobre tal punto, incluso porque el Gobierno inglés se comprometió a no cortar las ayudas económicas ya concedidas a la isla, y que le proporcio-

naban más de 30 millones de libras esterlinas, en donaciones y préstamos, para la realización de un plan quinquenal de desarrollo.

Además del laborista y el nacionalista, intervinieron también en el debate los partidos menores existentes en Malta; o sea, el de los trabajadores cristianos, el nacionalista democrático y el progresista constitucional. El primero pedía un sistema de co-ciudadanía entre Inglaterra y Malta, y los otros dos reclamaban que el problema de la independencia fuese sometido a un referéndum. Por otra parte, el partido progresista constitucional representa (como todavía representa hoy) la más concreta posición filo-inglesa y anti-italiana de la isla.

En las elecciones del 17 de febrero de 1962, para la renovación de la Asamblea Legislativa de 50 miembros, se tuvieron los siguientes resultados: partido nacionalista, 63.262 votos y 25 puestos; partido laborista, 50.974 votos y 16 puestos; partido de los trabajadores cristianos, 14.285 votos y 4 puestos; partido progresista constitucional, 7.260 votos y 1 puesto; partido nacionalista democrático, 14.106 votos y 4 puestos.

Los nacionalistas, acaudillados por Giorgio Borg Oliver, heredero del antiguo «leader» nacionalista Enrico Mizzi (un gran amigo de Italia), se encontraron así en una posición de predominio en el Gobierno cuando tuvieron que afrontar la batalla por la independencia. Los laboristas, guiados por el ex primer ministro, Dom Mintoff, tuvieron que aceptar la derrota, enfrentándose con las decisiones nacionalistas desde la oposición y en postura extremadamente molesta.

En cuanto concierne a los otros grupos, ha de notarse que tanto los nacionalistas democráticos como los trabajadores cristianos han nacido de dos escisiones en el interior de los dos partidos principales. Los nacionalistas democráticos provienen de una secesión en el interior del partido nacionalista en 1958, y los trabajadores cristianos de una fractura del partido laborista en 1961. Bajo el perfil ideológico, los nacionalistas representan la derecha; los nacionalistas democráticos, el centro-derecha; los trabajadores cristianos, el centro-izquierda, y los laboristas, la izquierda moderada.

A pesar de las oposiciones y las discrepancias, la independencia fue decidida casi por unanimidad, puesto que la suma de los laboristas y los nacionalistas representaban más del 76 por 100 del cuerpo electoral.

Malta, por tanto, comenzó su vida de Estado independiente en 1964; en un mar de incertidumbre y dudas, cuyos aspectos principales aún no están aclarados.

El pequeño Estado tiene una superficie de 316 kilómetros (es decir: Malta, 246; Gozo, 67, y Comino, 2,6) y una población de cerca de 330.000 habitantes. La capital, la Valetta, cuenta con unos 20.000 habitantes. Aunque la gran mayoría de los malteses es de religión católica, hay diversos protestantes, sobre todo en la isla principal.

La economía maltesa es, en parte, agrícola-pastoril; estando cultivadas unas 20.000 hectáreas (o sea, el 60 por 100 de la superficie territorial), a pesar de lo desfavorable del clima que es típicamente mediterráneo y con largo período de sequía. La gama de los productos es variada, pero en su mayor parte destinados al uso local. Hay trigo, cebada, patatas, cebollas, tomates y uvas para vino, pero no siempre suficientes, ni siquiera para el consumo interno. Otras actividades económicas son la ganadería y la pesca; pero ciertamente, más interesantes que las citadas, son las industriales y comerciales. Las industrias están en su mayor parte reunidas en la capital, y comprenden pastas alimenticias, manufacturas del tabaco, tejidos de algodón y sedas, fábricas de cerillas, y otras más recientes. Típica es, en fin, la industria artesana de los encajes de bolillos. En vías de un total desarrollo, está después la industria turística, que puede superar en gran escala a las antes indicadas.

En buena cuenta, la situación del pequeño Estado no se puede definir como extremadamente crítica. Es, desde luego, verdad que su economía no está completamente asentada, y que muchos de los productos sobre los cuales puede contar, no bastan para el mercado interno; pero hay una serie de factores que obran de manera positiva sobre su estructura. Ante todo, la afluencia turística. En los últimos tiempos, la corriente turística procedente de Italia, de Inglaterra y Alemania, se ha intensificado de un modo notable. Malta está llegando a ser uno de los sitios más buscados y atrayentes, aunque su acondicionamiento hotelero esté aún en una fase de desarrollo.

En tales condiciones puede decirse que la isla no tiene necesidad de nuevos capitales para resolver sus problemas. Después de la independencia, el lazo que une La Valetta a Londres ha sido consolidado por la necesidad de seguir gozando de la ayuda británica y por la oportunidad política y económica de mantener inalterado el equilibrio que garantiza la permanencia de Malta en la Commonwealth. El gobierno inglés continúa ayudando la economía insular con importantes aportaciones, y los responsables de la política maltesa continúan aprovechando estas ayudas, que para ellos son indispensables.

Durante las recientes negociaciones sobre la firmeza de tales ayudas, el ministro de Hacienda de Malta hizo saber que el Gobierno, los Bancos y los particulares, poseían 150 millones de libras esterlinas en títulos. La mitad de tales sumas era propiedad del Gobierno y de los Bancos. Los ingleses hicieron notar entonces, en vista de que las importaciones ascendían a 35 millones de libras al año, que tales reservas deberían ser más que suficientes para ejecutar cualquier plan de desarrollo. *The Economist*, en un reciente estudio, ha aclarado que si solamente la mitad del capital financiero de Malta fuese invertido en la industria y en la construcción de viviendas, la economía local sería completamente transformada. La inmediata consecuencia sería la creación de otros 25.000 puestos de trabajos; más que suficientes para compensar la disminución que se tendría con el traslado de las tropas británicas establecidas en la isla.

Antes de la independencia, la economía maltesa dependía casi enteramente del arsenal militar existente en la isla; puesto que todos los ingresos estaban condicionados por la permanencia de las tropas británicas, la afluencia procedente de las escalas de la flota inglesa y del trabajo de la base naval. Con la evolución de los criterios estratégicos que dominan los conceptos modernos, y con la consolidación de la corriente independentista, el gobierno inglés consideró oportuno comenzar a transferir el grueso de las tropas repartidas sobre la isla. Y en 1959, el arsenal fue confiado a una empresa privada; incluso con el fin de imprimir un giro decisivo a la economía local.

La acción sobre la vida local de la presencia de un grueso contingente militar y de la actividad del arsenal, fue disminuyendo de manera gradual. En 1961, más del 55 por 100 de las ganancias procedentes de los ingresos de divisas exteriores era procedente de la presencia de las tropas inglesas. Pero en 1965, la cifra se había reducido a poco más de un tercio.

En sustancia, con la independencia adquirida y la transferencia gradual de los equipos militares, Malta ha visto sufrir a la propia economía una transformación gradual y forzada. ¿Cómo ha reaccionado el país? Bajo un cierto aspecto, puede decirse que la transformación ha llegado como consecuencia de un proceso de adaptación positiva. Las pérdidas de capitales derivadas de la transferencia de las tropas, y la reducción de la capacidad del arsenal en lo que se refiere a la permanencia de barcos de guerra, han sido compensadas por la transformación del mismo arsenal en un dique para la reparación de naves no sólo militares; por el aumento de la afluencia turística, y la exportación de productos de artesanía y de huerta (estos últimos como conse-

cuencia de una producción más racional e intensiva). Pero si el proceso de adaptación no ha tenido consecuencias negativas, no se puede tampoco decir que haya llegado sin impedimentos, sobre todo de naturaleza social.

Malta ha adquirido la independencia, teniendo a su disposición un patrimonio considerable. Un número notable de trabajadores especializados, con capacidad para proporcionar prestaciones de alto nivel, gracias a la preparación adquirida en el arsenal militar, lo cual no es poco. Además, hoy día, el número de parados es relativamente bajo; no más de 7.000 en una población de 330.000 habitantes. A esto hay que añadir que existe un gran número de subocupados, en mayoría mujeres; que la media de los salarios es casi la mitad de la Gran Bretaña, y que el nivel de la instrucción generales es alto si se hacen las debidas comparaciones con otros países de la faja mediterránea. El cuadro de la situación de la economía maltesa es bastante positivo y más bien preciso.

Pero los problemas de Malta no nos parecen dramáticos. Solamente se refieren a la gradual y orgánica adaptación del país a la nueva realidad, y la intensificación del esfuerzo en acción para imprimir al proceso de transformación económica, un ritmo más adecuado, porque las riquezas potenciales de la isla son inmensas. Aparte del puerto que es excelente desde todos los aspectos, y de la herencia dejada al país por los ingleses (en el arsenal que trabaja con un ritmo discreto, gracias a la excelente posición estratégica en que está emplazada la isla), Malta dispone de un patrimonio inestimable; sus bellezas naturales. Si saben aprovechar esta maravillosa posibilidad, los malteses podrán transformar su isla en una localidad de gran atractivo turístico, como efectivamente está acaeciendo. Sobre todo, en los últimos años (gracias también al precio moderado de los billetes aéreos y marítimos para la isla, y al buen coste de la vida), la afluencia turística ha alcanzado puntos vertiginosos. Cerca de siete millones de libras esterlinas han sido invertidas en la construcción de hospedajes, y el precio del suelo edificado está alcanzando cifras a que nunca se había llegado. El número de camas es ahora de 3.000, y, según algunos cálculos, a fines del 1967 será de 4.500. Lo mismo está ocurriendo en el sector de los apartamentos y las villas para alquilar; mientras el Larraretto Creek, situado entre La Valetta y Sliema, está en vísperas de ser transformado en un puerto para «yachts».

En sustancia, las ganancias del turismo son casi idénticas, en cuanto al volumen global, a las procedentes de la actividad portuoria, cuya amplitud ha alcanzado límites inusitados en los últimos tiempos. También hay que añadir

que las obras de las construcciones efectuadas en el puerto, y las hechas para edificar hospedajes, apartamentos y villas, provocarán ciertamente una nueva afluencia de capitales en la isla.

En lo concerniente a la industria, se ha notado, ante todo, que las inversiones, que ascienden a cerca de seis millones de libras esterlinas, son levemente inferiores a las inversiones del sector turístico, considerando la media de 1965 y 1966. Esto no obsta, sin embargo, para que también este campo se presente abierto a perspectivas extremadamente favorables. El desarrollo del sector industrial ha sido notable, sobre todo, en el campo de las fibras sintéticas; los paños para trajes, las conservas y la imprenta. Todos estos productos, destinados en buena parte a la exportación, indican cómo y de qué manera el sector industrial haya hecho registrar un cambio positivo respecto al 1964, cuando la industria maltesa estaba limitada a las pastas, los tabacos, los algodones, las sedas y las cerillas.

Hay notables posibilidades para la construcción y el desarrollo de un puerto libre en la parte meridional de la isla, donde, según los proyectos, podrían desenvolverse las operaciones de embalaje y reparaciones.

Además, lo que puede atraer la atención sobre Malta es el coste relativamente bajo de la mano de obra, la disponibilidad de personal especializado, las facilidades de entrenamiento y la accesibilidad de Malta a los mercados mediterráneos. Todos estos factores deberían ser suficientes para activar el interés de ulteriores capitales extranjeros para la isla.

Naturalmente, estos elementos presentan también aspectos negativos. El bajo coste de la mano de obra no es sólo una característica de Malta, sino que puede encontrarse en otros países. Además, la destacada estrechez de su mercado, y el coste de la energía eléctrica y del agua, han sido hasta hoy elementos negativos que han impedido una mayor afluencia de capitales extranjeros. Hay que añadir a esto cierta repugnancia para coordinar sobre el plano industrial las diversas iniciativas locales. En sustancia, diversos elementos han influido de una manera no positiva sobre la evolución efectiva del sector industrial, que, sin embargo, presenta perspectivas de primer plano.

Independientemente de estos problemas, y por doquier, Malta está hoy en grado de afrontar el futuro con cierta tranquilidad. Los aspectos negativos de su evolución económica se refieren a la estrechez del mercado, y la adecuación de sus estructuras (ligadas durante ciento sesenta y cuatro años a los esquemas clásicos del colonialismo inglés), a una realidad que ya no es posible ignorar: la de que Malta es independiente desde 1964 y posee responsabilidades

que antes no tenía. Los aspectos positivos están estrechamente en conexión con su posición geográfica, la evolución industrial y las perspectivas turísticas, que, más que perspectivas, son realidades vivientes y activas, como lo demuestra la afluencia de visitantes, que es más intensa de año en año.

A estos elementos de naturaleza económica, cuyo carácter positivo puede evaluarse objetivamente, se añaden otros factores de carácter social. Malta es un país políticamente tranquilo. En las elecciones de 1966, el partido nacionalista conquistó la mayoría absoluta en el Parlamento, y esto le permite asumir las responsabilidades directas y globales del Gobierno, e ignorar las críticas de una oposición, ahora reducida a actuar en las márgenes de la vida pública.

La estrepitosa victoria electoral en las legislaciones legislativas de 1966, ha remachado y confirmado un concepto que siempre ha figurado en la base de la acción propagandística de los nacionalistas. Borg Oliver y sus colaboradores tenían razón cuando se batían para obtener la independencia total respecto a Londres, aunque sea en el ámbito de la Commonwealth. En cambio, los laboristas estaban en un error, al llevar una política equivocada; basada, en parte, sobre su deseo de salvaguardar los lazos de dependencia respecto a la Gran Bretaña, y, en parte, sobre la necesidad de no descontentar a la opinión pública, decididamente favorable a la independencia. Los electores han premiado la política nacionalista y condenado sin reserva la laborista.

Por tanto, desde 1966, el partido nacionalista gobierna el país, por sí solo, sin tener que soportar las presiones de aliados eventuales ni las reclamaciones de quienes en el Parlamento (anterior) se aprovechaban de la mayoría relativa que tenían los nacionalistas, para imponer una política no uniforme. En efecto, desde 1962 hasta 1966, la política maltesa iba marchando así, sin que el partido nacionalista pudiese aplicar integralmente su programa. Desde 1966, con la conquista de la mayoría absoluta, Borg Oliver y sus colaboradores han podido liberarse de toda hipoteca y asumir solos las responsabilidades y cargas del poder. Los otros cuatro partidos han sido rechazados al margen de la vida pública, y no por voluntad de las nacionalistas, sino del cuerpo electoral.

Merece señalarse también el hecho de que la tentativa de crear un sexto partido para flanquear los cinco existentes, o sea, el democrático cristiano, ha fallado lastimosamente. Sobre todo, porque la base católica del partido nacionalista ha reaccionado de manera negativa, y la Iglesia ha continuado dando su apoyo a Borg Oliver.

Igualmente es interesante otro factor, que explica, en cierto sentido, la tranquilidad política de que goza el pequeño Estado. En Malta no existe un verdadero y propio partido comunista. Los extremismos ideológicos se condensan en el partido laborista, que es el situado más a la izquierda. Pero se trata de una formación política aún más moderada que el «Labour Party» inglés, y, por consiguiente, sin ninguna veleidad marxista. El comunismo, como instrumento de desorden y de inquietud social, no arraiga en Malta, puesto que los malteses son profundamente católicos y reacios a avalar aventuras de carácter ideológico que podrían revelarse como peligrosas.

Así se deduce la consecuencia de que todos los parangones entre Malta y Chipre sólo pueden tener fundamento bajo el perfil geográfico e histórico, no bajo el político. En efecto, además de diversas consideraciones de carácter social y circunstancial, hay particularmente una que hace ver lo diversa que es la posición de las dos islas, en el cuadro de la evolución del mundo moderno. En Chipre existe un partido comunista fortísimo, que absorbe una destacada proporción del cuerpo electoral; pero en Malta ningún partido comunista ha echado raíces como tal partido y es muy difícil que tenga éxito.

Las razones de esta posición política han de buscarse en una serie de factores, pero sobre todo, y según todo lo que se puede intuir, en las diferentes posiciones religiosas de los habitantes y en la homogeneidad étnica de los malteses, así como en el carácter de éstos.

La adhesión de Malta a la Iglesia católica se realiza con otro elemento. Uno de los cuales, la nueva nación, entabló relaciones diplomáticas, apenas conseguida la independencia, fue la Santa Sede; cerca de la cual el Gobierno de La Valetta nombró rápidamente un Embajador en la persona de Filippo Pullicino. Este elemento es significativo en muy alto grado para comprender cuánta importancia tiene en Malta el factor religioso, indicando suficientemente el apego de los malteses a Roma.

Por otra parte, otros factores contribuyen a unir La Valetta a Roma. El antiguo lazo ideal con Italia ha encontrado nuevos incentivos en la conquistada independencia. Las relaciones entre los dos países han tomado un buen cariz más que suficiente, e Italia está interesada en colaborar en la evolución económica y social de Malta, con intervenciones adecuadas. El primer ministro, Giorgio Borg Oliver, ha venido a Roma para discutir los diversos aspectos de tal colaboración, y la corriente de relaciones mutuas entre ambos países es hoy extremadamente cordial.

En tales condiciones, el futuro de Malta se presenta bajo auspicios favorables. Puesta en una situación geográfica extremadamente envidiable, en el centro del Mediterráneo, escala natural y central de numerosas rutas, la isla justifica el interés con el cual tutelaban su posesión los antiguos navegantes fenicios y cartagineses. Todavía hoy, en la Era del «jet» y la anulación de las distancias, Malta tiene algo que decir. Malta posee, sobre todo, un papel bastante empeñado para actuar en un mundo cada vez más dedicado al proceso de colaboración.

Hemos notado ya, cómo en la base de la economía maltesa hay diversos elementos positivos: la industria, los astilleros navales del ex-arsenal militar y, sobre todo, el turismo. Muchos de los cinco millones de esterlinas que constituyen la corriente ayuda británica a la isla, serán empleados en el desarrollo del sector industrial; otros serán utilizados para modernizar y ampliar el acondicionamiento hotelero. No cabe duda de que el empleo de notables sumas de capitales, en el proceso evolutivo del turismo local, tendrá como consecuencia el aumento de visitantes y el de divisas. El «boom» turístico de Malta, desde hace dos años, es una realidad concreta que ha permitido la transformación de la economía local, antes economía tutelada, de una manera plena y sin sacudidas peligrosas. Gran parte del mérito de este paso, corresponde ciertamente a los gobernantes malteses, que han creído firmemente en la posibilidad de un Estado independiente y en la validez de los principios que han sido siempre la base de la mentalidad local. Los responsables del partido nacionalista han dirigido eficazmente la batalla por la independencia, y una vez conseguido su fin, se han aplicado diligentemente a realizar el proceso de transformación de la sociedad maltesa, adaptándola a las exigencias y las necesidades de la nueva posición política adquirida después del 1964.

La habilidad de Giorgio Borg Oliver ha sido reconocida, hasta cuando ha sido discutida, por los propios ingleses. En el curso de los recientes coloquios anglo-malteses sobre las ayudas económicas de Londres a la isla, la Prensa británica ha aparecido con títulos de este género: «El Dr. Borg Oliver, a fuerza de solicitar y gracias a un hábil juego diplomático, ha regresado a su patria con las cuatro quintas partes de las concesiones que había venido a pedir a Londres.» Lo cual, además de demostrar la habilidad de un hombre que había sido el más encarnizado y lucido enemigo de la Gran Bretaña cuando Malta era una simple colonia, indica claramente el respeto que los ingleses sienten por sus antiguos administrados.

FRANCESCO LEONI

En sustancia, Malta, incluso entre sus numerosos problemas y la transformación de su economía y su forma de vida, constituye un elemento de indudable equilibrio en el Mediterráneo; es decir, en un mar que, desde hace mucho tiempo, suscita los apetitos cada vez más evidentes del comunismo internacional. El pequeño Estado puede desempeñar un papel no desdeñable para contrabalancear los aspectos negativos de todo lo que está acaeciendo en Chipre, y para reafirmar la validez de la actual política occidental en el cuadro de la evolución de las relaciones entre Oriente y Occidente.

Una vez más, la isla de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, vuelve a hacer hablar de sí.

FRANCESCO LEONI.